

LUIS FELIPE CONTARDO

(N. 1880—F. 1942)

## A Pedro de Valdivia

## I

Paladín de la raza, pensativo y severo  
 hidalgo como un príncipe, liero como un  
 [león,  
 que el mar atravesaste, revestido de acero  
 para traer la gloria de España a este rincón.

Extremo de la tierra, soldado-caballero  
 del yelmo más erguido y el más puro bla-  
 [són:  
 de todos los laureles del heroísmo ibero  
 los de tu ruda gesta los más gallardos son! . .

Porque tú los segaste en la floresta brava  
 en cuyo seno el cóndor junto al puma ani-  
 [daba:  
 la raza ebria de vida, de libertad y sol . . .

Y al chocar, centelleantes, tu espada con su  
 [lanza,  
 se vio que, si invencible de Arauco es la pu-  
 [janza,  
 también es invencible el empuje español!

## II

Al frente del cortejo de recios castellanos,  
 resonantes de hierro, sobre el bridón sin  
 [par;

al través de los hoscos reductos araucanos;  
 del desierto a las islas, de la montaña al  
 [mar.

En cada áspero monte fueron tus duras ma-  
 [nos,  
 junto al fortín de piedra levantando un ho-  
 [gar,  
 mientras —rojos trofeos— hacían, por los  
 [llanos,  
 ensangrentadas testas de caciques rodar . . .

Así, entre los rugidos de la indomable in-  
 [diada,  
 abrió en el suelo heroico ancha herida tu  
 [espada,  
 y tallaste en granito, fuerte conquistador.

de Chile los sillares . . . Sobre él tu inmensa  
 [sombra  
 cuatro siglos proyectan, y hoy un pueblo te  
 [ nombra  
 abuelo de la estirpe, de la Patria hacedor!

*Toque de Diana. Págs. 223-224.*

J. ANTONIO SOFFLA

## Pedro de Valdivia

## I

Al lado de su dulce compañera  
 Michimalonco, absorto en sus amores,  
 Tres veces a la rica primavera  
 Vio en los collados derramar sus flores.  
 Lleno de amor, como la vez primera  
 Que miró de Guajilda los primores,  
 Ya vuelto a su comarca, día a día  
 Pruebas le da de ciega idolatría.

Mas, como el bien es flor que apenas dura  
 Y a la que guerra dan las aflicciones,  
 De un cuarto invierno la fatal tristura  
 Pronostican siniestros nubarrones.  
 Desnudo el bosque y muerta la verdura  
 Del prado, a misteriosas reflexiones,  
 Que no hay quien con acierto las expli-  
 [que,  
 Se entrega melancólico el Cacique.

Ya cuenta con la unión de Quilacanta  
Y de siete Caciques principales,  
Por si a Chile otra vez guía su planta  
El español, origen de sus males.  
No teme combatir: sólo le espanta  
Pensar que, por su mal, son inmortales  
Los hombres que a invadir su tierra vie-  
[nen  
Y que otro Dios que los ampara tienen.

Y tantas veces se miró engañado  
Por Barrientos y el falso Felipillo,  
Que nada en conclusión, nada ha sacado,  
Pues saber la verdad no es tan sencillo.  
Está por los Caciques acordado  
Que él de la indiana unión sea el caudillo,  
Y tanta dignidad y honroso encargo  
Hacen su abatimiento más amargo.

¿Cómo vencer al invasor? ... ¡No hay du-  
[da

Que pronto volverá! ... Todo bien claro  
Lo está diciendo, y con tristeza muda,  
Que así lo piense en su interior no es raro.  
El peleará con decisión sañuda,  
Del invasor castigará el descaro,  
Pero, ¿cómo vencer, si tal no cabe,  
Sin dejar muerto a quien morir no sabe?

En vano Tila con ardor le jura  
Que el español es hombre solamente,  
Que no se escapa de la muerte dura,  
Que esto ya en el Perú se vio patente,  
Que ella lo sabe, que ella está segura  
De lo que afirma, porque así lo siente,  
Porque en esto pensando se desvela,  
¡Porque así *Anchimalgüen* se lo revela! ...

## II

¡Todo es incierto! ... Al declinar la tarde  
De un pesaroso día  
Se ve un rayo de sol que apenas arde  
En la extensión sombría,  
Y mientras va extinguiéndose su llama  
Con triste voz Michimalonco exclama:

“¡Oh, grato Sol, oh, padre de consuelos,  
A que Guajilda adora!  
Yo te vi en lo más alto de los cielos,  
Con luz abrasadora,  
Cual monarca reinar y tus favores  
Dar al indio, a las aves y a las flores;

Y ahora te veo en ese mar profundo  
Pálido sepultarte,  
Dejando en sombras sumergido el mundo;

Déjame preguntarte:  
¿También doblaré pronto mi cabeza?  
¿Será mi suerte igual a tu grandeza?

¿Durarán sólo el tiempo que ha pasado  
Mi dicha y mis amores? ...  
¿Me veré entre las sombras sepultado  
Cual veo tus fulgores? ...  
¿Al día de mi gloria y mi delirio  
Sucederá la noche del martirio? ...”

Y cual si el mismo sol le respondiera,  
Vio el indio cuán oscura  
La tierra estaba y la encumbrada esfera;  
Y dijo, en su amargura:  
“¡Oh, Sol! tú volverás! ... yo solamente  
Caeré y jamás levantaré la frente! ...”

## III

Fatal presentimiento! ...  
Un indio extraño llega  
Que de Coquimbo trae  
Desoladoras nuevas.

—“Señor, dice al Cacique:  
Han vuelto a nuestra tierra  
Los mismos invasores  
Que, ha cuatro primaveras,  
Desde el Perú llegaron  
Sembrando muerte y guerra.  
Su orgullo es desmedido,  
Terrible su insolencia;  
Si se les mira matan,  
Y, ansiosos de riquezas,  
Por un puñado de oro  
Se agitan y desvelan.

El principal Cacique,  
Monarca de mi tierra,  
Señor, aquí me envía  
Para que no os sorprenda  
La aparición extraña  
De gente tan funesta;  
Y dice que dispuesto  
Está a pelear con ella  
Si le prestáis ayuda. ...”

—“Ah! sí! contadla vuestra!  
Michimalonco dice,  
Mi tribu toda entera  
Sabrá, valiente y brava,  
Morir en la pelea! ...  
Decid a vuestro jefe  
Que aquí mi brazo queda,  
Sediento de que pronto

Los invasores vengan;  
Y, si su arribo tarda,  
Mi gente, con presteza,  
Al valle coquimbano  
Irá a probar sus fuerzas! . . .”

## IV

El indio mensajero no mentía:  
Bizarra tropa de españoles llega,  
Que el desierto otra vez pasado había  
Y al centro va, con avaricia ciega.  
Iguala a su crueldad su valentía,  
Y al frente de la tropa se despliega  
Enseña igual, de rojo y amarillo,  
A la que trajo el anterior caudillo.

Tal vez doscientos los jinetes sean,  
Pero, traen a más indios sin cuento.  
Como los otros, con afán desean  
Oro sin fin, y el oro es su contento! . . .  
Lanzan rayos también cuando pelean,  
Y hasta muestran más bélico ardimiento,  
Pues, llena de coraje y de confianza,  
Activa y fuerte la columna avanza.  
En jefe manda con marcial bravura  
El *muy varón* don Pedro de Valdivia,  
Hijo de la española Extremadura,  
Cuya ambición ni lo imposible entibia.  
De hacer en el Perú la guerra dura  
Su brazo lidiador aún bien no alivia,  
Y ya de Chile en la extensión lejana  
Oro y poder por alcanzar se afana.  
Todo lo ofrece por lograr el nombre  
De *Capitán de Chile*, y, altanero,  
Sin que el peligro de morir le asombre,  
Se finge el porvenir más lisonjero  
Sediento de opulencia y de renombre  
Anhela alguna vez ser el primero,  
Y da todo un presente de bonanza  
Por el incierto fin de una esperanza.

De España en honra manejó la espada  
Segando lauros en Milán y en Flandes,  
Y su fama, en cien lides conquistada,  
Lo puso en Venezuela entre los grandes.  
Tras cinco meses de fatal jornada,  
Por no trepar los hielos de los Andes,  
Su tropa y *Yanaconas* reconcentra  
Y en las comarcas copiapinas entra.

Avanza, sin temer más enemigos  
Que el hambre y que la sed. Su propia  
[mano  
Da ejemplo de trabajo a sus amigos  
Y para su constancia todo es llano.  
Justo en las recompensas y castigos,

Aunque en amores e interés, liviano,  
Es mezcla de grandeza y de lascivia  
el capitán don Pedro de Valdivia.

Se agrupan junto a él, en mezcla rara,  
Negociantes, legistas y guerreros:  
Aguirre, Oros, Monroy, Páez, Vergara,  
Villagra, Gómez, Córdova, Cabrerros,  
Ríos, Sánchez (*ecónomo que ampara  
a una guapa beldad*), Cuevas, Riveros,  
Peña, Negrete, Ortiz, Solier, Pantoja,  
y hasta otros cien que relatar enojal

¡Son estos los campeones que del norte  
Tras de fortuna y poderío vienen,  
sin que otro pensamiento les importe  
Que la ambición que de riquezas tienen!

¡Altivo es su mirar, fiero su porte,  
Con su pobreza todos mal se avienen,  
Y aunque bautizados, de cristianos  
No son sus corazones. . . ni sus manos! . . .

## V

Apenas Michimalonco  
Supo que cerca llegaban  
Y que a los indios buscaban  
Con ciega solicitud,  
Manda se llame a la gente  
De todas las *tolderías*,  
Y se junto en breves días  
Una inmesa multitud.

Desde el Aconcagua al Maipo  
Todo se halla en movimiento,  
Y todos, al llamamiento  
Del jefe listos están.  
Fuerza es ver como librarse  
Del extraño despotismo;  
Y Michimalonco mismo  
Propone el siguiente plan:

“¡Hermanos!” el extranjero  
Otra vez aquí ha venido  
A robarnos atrevido  
Nuestra sangre y nuestro bien:  
Si con altanero insulto  
Nos provoca a feroz guerra,  
En los bravos de esta tierra  
Halle energía también! . . .

Conozco que ante el suplicio  
De servir o otros señores,  
No hay tormentos ni dolores  
Que puedan darnos temor;

Mas, ¿cómo, diréis, es dado  
Triunfar en tan ciega lucha?  
¡Triunfa siempre quien escucha  
Del patriotismo el ardor!

¡Yo, aclamado por vosotros  
Por caudillo de esta guerra,  
Os propongo hacia la sierra  
Con nuestros bienes marchar,  
Llevándonos con nosotros  
Cuanto nos brindó el destino  
Y quemando en el camino  
Cuanto nos puedan robar!

De los sembrados iremos  
Recogiendo el dulce fruto,  
Antes que sea tributo  
Del insolente invasor;

E incendiando nuestros campos,  
Como hacerlo nos incumbe,  
Si es que de hambre no sucumbe,  
¡Sucumbirá de furor!

¿Dicen que son inmortales?...  
¿Y si no lo son?... ¡Luchemos  
Y así alguna vez sabremos  
Por nosotros la verdad!

Y aun cuando inmortales sean,  
¿Qué nos importa? Abrumados  
De afanes y de cuidados  
¡Nos darán la libertad!...

En tanto en la selva ocultos,  
Preparando pica y lanza  
Nos sonreirá la esperanza  
Más segura cada sol;  
Y adiestrando nuestras gentes  
En ejercicios guerreros,  
Disciplinados y fieros  
¡No hallará el español!...

Y, tras de libaciones prolongadas,  
Llevándose consigo todo, todo,  
Los indios a las selvas apartadas  
Corren, dejando entre el incendio al godo.  
Y reunidas las tribus más granadas  
Y de más decisión, buscan el modo  
De hacer la guerra y procurar castigos  
A sus fieros, gratuitos enemigos...

-----

*Hojas de Otoño.* Imprenta Nacional. Santiago de Chile, 1878. Págs. 417-430.